

*Estados Unidos y
el occidente de México*
Estudios sobre su interacción

Adrián de León Arias
(compilador)

UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA

INDICE

Presentación	9
<i>Adrián de León Arias</i>	
1. Revisión bibliográfica de los estudios México-Estados Unidos con referencia al occidente mexicano	13
<i>Adrián de León Arias</i>	
2. Algunos impactos de la Ley de Reforma y Control de Inmigración (IRCA) en una región de Jalisco de fuerte emigración hacia Estados Unidos de Norteamérica	29
<i>Jesus Arroyo Alejandro</i>	
3. Los migradólars. Cien años de inversión en el medio rural	55
<i>Jorge Durand</i>	
4. Los años del exceso: cuotas del flujo migratorio	73
<i>María Basilia Valenzuela Varela</i>	
5. Migración y cambio de uso de los recursos naturales. El caso de Tecolotlán, Jalisco	87
<i>Victor M. Castillo Girón</i> <i>Gabriel Martínez González</i>	
6. El valle jalisciense de la electrónica multinacional	101
<i>Ignacio Medina Núñez</i> <i>Jorge A. Rosales</i>	
7. Agroindustria alimentaria y transnacionales en Jalisco	123
<i>Javier Orozco Alvarado</i>	
8. La inversión extranjera en la industria del tequila	157
<i>Rogelio Luna Zamora</i>	

Universidad de Guadalajara
Dirección General Académica
Carretera, Av. Juárez 975, planta baja
40100

Guadalajara, Jalisco, México

Primera edición: 1992

Coordinación de la edición: Coordinación de Difusión Científica

Revista: *Orbis Tertius*

Teléfono: 58-895-258-3

Impreso en México

Printed and made in Mexico

- INTERNATIONAL LABOUR OFFICE (1987) *World Labour Report*, 1-2. Oxford University Press.
- MASSEY, D. et al. (1987) *Return to Aztlan. The Social Process of International Migration from Western Mexico*. University of California Press.
- MINES, Richard (1981) *Developing a Community Tradition of Migration: A Field Study in Rural Zacatecas. Mexico and California Settlement areas*. Monographs in U.S.-Mexican Studies.
- (1984) "Network Migration and Mexican Rural Development: a Case Study", en Richard C. Jones (comp.). *Patterns of Undocumented Migration; Mexico and the United States*. Totowa, Nueva Jersey: Rowman and Allanheld, pp. 136-155.
- RODRÍGUEZ, Marfa (1989) "Los efectos de la migración en cuatro municipios del sur de Jalisco". IES-Universidad de Guadalajara (mimeografiado).
- TAYLOR, J. Edward (1988) "U.S. Immigration Policy and the Mexican Economy", en *Impacts of Immigration in California*. Policy Discussion Paper, The Urban Institute, Washington, D.C.
- TAYLOR, Paul (1933) *A Spanish Mexican Peasant Community: Arandas in Jalisco, Mexico*. Berkeley: University of California Press.
- THE COUNCIL OF ECONOMIC ADVISORS ON UNITED STATES IMMIGRATION en *Population and Development Review*, vol. 12, núm. 2, 1986, pp. 361-374.
- WINNIE, William W. y Adrián DE LEÓN ARIAS (1987) "Regiones de origen en la migración de mexicanos a Estados Unidos". Instituto de Estudios Económicos y Regionales, Universidad de Guadalajara, Jalisco (inédito).
- WINNIE, William W. y Luis Arturo VELÁZQUEZ (1987) "La encuesta de hogares 1986". Universidad de Guadalajara.

3. LOS MIGRADOLARES. CIEN AÑOS DE INVERSIÓN EN EL MEDIO RURAL

Jorge Durand

Centro de Investigaciones sobre los Movimientos Sociales

Sobre el monto, uso y abuso del dinero obtenido por medio del trabajo migrante en los Estados Unidos se ha escrito y especulado bastante. Políticos, funcionarios y académicos de ambos países se han peleado por una causa que no es suya, pero que, según ellos, les incumbe. Y es que se trata de millones de dólares anuales que al parecer se pierden, gastan y diluyen o escabullen de una manera que no satisface plenamente sus deseos y expectativas.

Son bastante conocidas y criticadas las reuniones, fiestas y borracheras que emprenden los migrantes cuando regresan a su tierra. Las formas de consumo que el pueblo adopta cuando tiene dólares en la bolsa son motivo de envidia y cierto desprecio. Y son causa de risa e indignación los palacetes con antena parabólica que se construyen los "nortefios" en sus pueblos o ranchos de origen.

En este tema, la tendencia al extremismo y el maniqueísmo suele ser recurrente. Según las distintas fuentes, las cifras de "mojados" varían por millones, y las de dólares, por miles de millones. Para unos, los efectos de la migración pueden ser negativos, mientras que para otros pueden ser positivos y hasta fundamentales.

Pero no hay mal —ni bien— que dure cien años, ni nación que lo resista. El proceso migratorio ha acompañado y participado de los cambios y profundas transformaciones socioeconómicas de esta centuria, se ha visto influido por dos revoluciones (nacional una, regional la otra), dos guerras mundiales, se ha hecho su lugar en la historia, ha encontrado un espacio donde moverse y la manera de autosostenerse.

Esta larga historia obliga a aceptar no una interpretación lineal o coloreada en blanco y negro, sino un proceso o muchos procesos que tienen que ver con la economía nacional y regional, con coyunturas económicas y políticas, con las relaciones cambiantes entre ambos países, con la historia de cada pueblo.

Se dice que los migrantes han consumido la mayor parte de sus ingresos

ganados en el "otro lado" y se percibe cierto reclamo desde la ciudad y la academia, porque supuestamente no se ha invertido en actividades productivas. No obstante, en el occidente de México una parte de la tierra agrícola disponible en el mercado ha sido sistemáticamente adquirida con migradólares; un buen número de gente ha logrado en el norte un capital inicial para emprender algún tipo de negocio; el mercado interno se ha dinamizado a lo largo del siglo con los millones de dólares provenientes de las remesas; una parte significativa del proceso de urbanización en el medio rural ha tomado impulso por los migrantes; finalmente, una contribución anual en divisas semejante a la que aportan los turistas que vacacionan en México, proviene del esfuerzo y del trabajo de muchos mexicanos que están en el "norte".

Desde este lado del Río Bravo, esta historia se puede ver en cuatro etapas. La primera (1900-1930) se subdivide en una década de dictadura, otra de revolución y una más de reconstrucción entremezclada con la guerra cristera. La segunda (1940-1965) corresponde al período de crecimiento económico y desarrollo agrícola. La siguiente (1965-1980) está marcada por la crisis en el campo y por el proceso de urbanización. La última, la década de los ochenta, en que nos tocó a todos soportar, resistir y sobrevivir la crisis.

Los inicios

El proceso migratorio internacional de mexicanos hacia Estados Unidos, más que estar ligado a la pobreza y a las condiciones imperantes en el medio rural, es un fruto directo del desarrollo del capitalismo en México y su contraparte dinámica y dominante en el país vecino. El fenómeno tomó forma a partir de dos importantes innovaciones tecnológicas de fines del siglo pasado: el ferrocarril, concretamente la conexión de las vías férreas mexicanas con la red estadounidense, y el telégrafo, que iba parejo al tendido de los rieles. No son causas directas, pero sí el medio que permitió el desarrollo de un flujo continuo de migrantes con características muy especiales. Se trataba de migrantes de ida y vuelta, no de aquellos que quemaban las naves al llegar a los Estados Unidos, y de una migración laboral, por tanto, una parte de lo ganado regresaba con los viajeros o se enviaba por carta o giro telegráfico a los pueblos y ciudades de origen.

El primer impacto de este proceso se dejó sentir en las oficinas de correos y telégrafos. La prensa provinciana de comienzos de siglo da cuenta con asombro del fenómeno:

A pesar de las dificultades que se padecen, la emigración de este distrito no ha cesado, principalmente de los municipios de Purépero, Chilchota, Tlazazalca,

pues diariamente grupos de tres a cuatro individuos toman pasaje en las estaciones de ferrocarril central. Lo demuestra una circunstancia muy especial: antes la oficina de correos de Purépero no era otra cosa que una simple agencia, el año próximo pasado ascendió a administración local y posteriormente se concedieron facultades a la misma para pagar giros internacionales... la administración tuvo el mes pasado un movimiento de 15 000 pesos (*El Herald de Zamora*, 11-VIII-1907).

Y es a partir de las remesas que se inició en México el primer estudio serio sobre el problema migratorio. Manuel Gamio (1930) abordó el tema desde dos perspectivas de análisis: la antropológica, a través de los estudios de caso y las historias de vida, y la cuantitativa, por medio del análisis estadístico de las remesas. Así se pudo establecer, con suficiente precisión y cierto grado de cientificidad, que el monto promedio anual de las remesas quedaba circunscrito a determinadas áreas del país, y que el occidente de México (concretamente los estados de Guanajuato, Jalisco y Michoacán) concentraba más de la mitad de los migrantes y, por tanto, de las remesas.

El estudio de Taylor (1933) en Arandas aportó la visión micro y el impacto local. Con el mismo método de revisar las boletas de giros telegráficos, el autor afirma que entre los años de 1922 y 1931 se recibieron un total de 7 678 remesas (en forma de *money order*), que en total sumaron 580 715 pesos, un promedio de 58 000 pesos por año, y que lo que se enviaba por carta podía calcularse en una cantidad semejante. El impacto local de las remesas, antes de la gran deportación, fue muy significativo.

Con el Programa Bracero (1942-1964), los flujos y reflujos de mexicanos más allá de la frontera, empezaron a figurar como un punto obligado en la agenda de negociaciones bilaterales. Según García y Griego, la negociación que culminó con el primer convenio bracero fue de gran beneficio para México y los migrantes. El país logró negociar la deuda y solucionar los problemas de la expropiación petrolera a cambio de su cooperación con el esfuerzo bélico; por su parte, los braceros obtuvieron condiciones laborales y salariales que nunca pudieron conseguirse.

Los 22 años del programa y sus respectivos convenios y diferendos colocaron a México en una actitud beligerante de defensa de los trabajadores migrantes, aunque poco pudo hacer por ellos. En los tres primeros años del programa el Departamento de Trabajo estimó que el monto de las remesas enviadas por los migrantes llegó a los 189 millones de dólares, unos 63 millones anuales, y diez años después Hancock (1959:36) estimaba que para 1956 la suma llegó a más de 120 millones de dólares al año.

Independientemente de que los investigadores se pongan de acuerdo en

las cifras, lo cierto es que el programa canalizaba un monto considerable de divisas y de ingresos a un número considerable de mexicanos. Manuel García y Griego infiere, a nivel de hipótesis, que el presidente Alemán tomó en cuenta ese alcance del fenómeno y diseñó un programa económico que le permitió canalizar recursos hacia ciertas zonas y dejar desprotegidas a otras que se mantenían con los recursos de la migración, ya que a fines de su sexenio se consideraba que "después de la importante industria del turismo... es la contratación organizada de nuestros braceros, la que aporta los mayores recursos invisibles para estabilizar nuestro intercambio internacional" (citado en Morales 1982:135).

En las zonas de contratación el impacto de los migradólares, según algunos autores, fue determinante. El estudio de Hancock (1959) señala que el monto de las remesas sobrepasaba con mucho la derrama salarial proveniente de las minas, principal actividad económica del estado, y que el número de braceros equivalía a 11% de la fuente de trabajo local.

A fines del sexenio de Ruiz Cortines se consideraba que "de enero de 1959 a septiembre de ese año, ingresó al país vía salario de braceros 163 millones de pesos, poco menos que la suma total del comercio exterior mexicano con América Latina" (Morales 1982:145). Por su parte López Mateos consignó en su informe de gobierno de 1961, capítulo de finanzas públicas, que "las remesas de trabajadores emigrantes importaron 275 millones" (*ib.* 146).

En épocas más recientes el monto global de las remesas volvió a despertar polémica. Según Cornelius (1978:415) "la cantidad total de envíos periódicos y ahorros (1975) excede probablemente los 3 000 millones de dólares", cifra que fue ampliamente criticada por exagerada. Uno de sus detractores, Díez-Canedo (1984) sostiene después de hacer un análisis similar al de Gamio, pero con cheques bancarios, que el monto de las remesas fue significativamente menor: 300 millones de dólares para 1975, estimación que peca por el lado contrario. Por último, la estimación con mayor sustento científico es la que presentan García y Griego y Giner de los Ríos (1985:236): 1 800 millones de dólares para el año de 1984; suma equivalente a la que entró por concepto de turismo. Una cantidad importante, sobre todo por su impacto regional y local, más que a nivel del país en su conjunto.

Todo lo cual convierte a los migrantes en lo que podríamos llamar una "industria sin aliento", por el desgaste de esta gente encargada de realizar el trabajo rudo, como por el consenso que existe en México y los Estados Unidos por desalentar, y, si se pudiera, reducir el flujo migratorio internacional.

Las inversiones

Diversos investigadores coinciden en afirmar que el principal rubro de gasto del dinero proveniente de la migración se destina a la subsistencia, otra parte se dirige hacia bienes de consumo duradero y finalmente se suele invertir en propiedades y casas. También coinciden en señalar la casi ausencia de inversiones de tipo productivo, tanto en lo agrícola como en lo industrial (Mines 1981; Dinerman 1983; Wiest 1983; Alarcón 1984; Reichert 1981). Comida, vestido y vivienda son gastos prioritarios en cualquier grupo social que tiene que trabajar para vivir, de allí que sea explicable que hacia ese renglón se dirija el grueso del dinero conseguido por medio del trabajo migratorio.

No obstante, en cien años parece haber habido cambios que sería importante explorar. Un primer acercamiento a esta problemática invita a distinguir ciertas etapas.

Los pioneros de la vuelta del siglo (1890-1930)

La primera etapa comprendería los treinta primeros años del siglo, aunque obviamente podría remontarse quince años antes, en el siglo XIX, para incluir a los pioneros. Lo cierto es que a comienzos de siglo ya se percibe el fenómeno migratorio en el occidente como un proceso masivo y sostenido. La prensa local da cuenta del fenómeno:

Hace unos seis años que se ha incrementado el número de braceros... van a la vanguardia Purépero, Chilchota, Tangancicuaro. Solamente en la primera de dichas poblaciones se paga mensualmente por la administración de correos de veinticinco a treinta mil pesos mensuales y de ocho a diez mil pesos, también en Tangancicuaro y Chilchota (*El Heraldo de Zamora*, 31-X-1909).

Durante esta etapa, que comprendió una buena parte de la dictadura y dos guerras, la revolucionaria y la cristera, gran parte del saldo migratorio fue una salida personal y social a la situación de pobreza y caos, miseria e inseguridad en que se vio sumido el país. De las entrevistas que realizó Manuel Gamio en 1926, las causas para migrar señaladas por los entrevistados son ilustrativas (ver cuadro 1).

Según Gamio la mayoría de estos migrantes enviaba remesas a sus familiares, lo que sumado constituía una derrama inusitada de dinero en los pueblos. Pero no todo eran remesas: los viajeros también regresaban con dólares y objetos de consumo. Las cosas que trajeron los primeros migrantes asombraron a sus contemporáneos, como hoy nos impresiona encontrar un

tocadiscos de rayo laser en la casa de un migrante. Vitrolas y discos tuvieron éxito inmediato; la ropa, el calzado, los sombreros y los overoles, poco a poco empezaron a competir con el calzón, los huaraches, el sombrero charro y la camisa de manta.

CUADRO 1
Principales causas de migración, 1926

Más altos salarios y mejora económica	21
Causas relacionadas directamente con la revolución	17
Afán de aventura y de viajar	9
Desocupación y subocupación en México	3
Para estudiar en Estados Unidos	2
Otras causas	9
Total	61

Fuente: Loyo 1969.

A partir del trabajo de Taylor en los Altos (1932) se puede evaluar el impacto local de las remesas en los primeros años de la década de los treinta. En Arandas sucedió lo que en otros tantos pueblos y otras tantas instituciones: que el estudioso se queda perplejo al comprobar cómo llegaba una cantidad inusitada de dinero al pueblo, cómo se redistribuía y cómo se gastaba. El consumo diario, las compras pospuestas por meses y años, el pago de algunas deudas y unos cuantos préstamos se llevaban la principal parte del pastel.

Los "ausentes" regresaban con trajes "de lana", zapatos nuevos y alguno que otro aparato. Un par de presumidos arribaron en automóvil, que apantallaba hasta la primera descompostura; después tuvieron que arrumbar o sacarle el motor para darle otro destino. También traían algo de dinero que servía para pagar los agasajos del retorno, financiar la banda, los "cuetes" y, en algunos casos, comprar unas yuntas o troncos, una vaca o algunos puercos. Algunos aprovecharon la oportunidad para comprar tierras en la vecina hacienda de Jalpa. Pocos, muy pocos, supieron o pudieron utilizar su capital para dar un salto cualitativo en su situación económica y en la escala social. Pero muchos con hambre, sin ropa, sin aperos y sin tierra la pudieron obtener: otros tantos que vieron decaer o peligrar sus negocios por las revoluciones, encontraron en la migración una forma de escapar y sobrevivir.

Estos treinta primeros años dieron forma definitiva a la corriente migratoria. A partir de los migrantes que decidieron establecerse en los Estados Unidos se dio pie a una relación más estable entre los lugares de origen y

destino. Con el tiempo estos vínculos se fueron convirtiendo en verdaderas redes de relaciones. Las gentes y los pueblos del occidente aprendieron a convivir con el fenómeno migratorio y, sobre todo, a manejarlo y dosificarlo de acuerdo con sus necesidades.

Esta etapa concluyó con la gran deportación, a raíz de la crisis de 1929. Los funcionarios de inmigración fueron especialmente eficientes en deportar a los que se encontraban en el norte industrial de los Estados Unidos. No se trataba sólo de regresar a mexicanos, sino de encauzar la inmigración hacia la zona fronteriza y de utilizar la fuerza de trabajo migrante en el área agrícola. De ahí que una década después, ante la premura de la guerra, fueran posibles los convenios para importar mano de obra mexicana.

Los braceros (1942-1964)

En total fueron contratados poco más de 4 500 000 braceros en todo el período. Se calcula que un número semejante de ilegales traspasó la frontera en busca de trabajo. El programa constituyó una experiencia masiva, y, hasta cierto punto, más diversificada. Zonas ajenas al proceso migratorio internacional, como Oaxaca, se incorporaron de lleno a partir de las contrataciones. Más que un grupo constante fueron muchos los que optaron por ir una, dos, tres o más veces. De ahí que el impacto económico se haya diluido, en cierto modo, entre un gran número de gente (4 500 000), un período prolongado de tiempo (22 años) y una estancia relativamente corta (3.5 meses, según Hancock 1959: 37)

Para la mayoría de los braceros la contratación fue equivalente a un buen salario. Es decir, para muchos, más que una opción migratoria fue una alternativa laboral. Entre ir a pizcar a La Laguna o a los ranchos de Texas no había mayor diferencia cualitativa, aunque lógicamente había una diferencia económica. Pero para otros y para nuevas áreas y localidades fue el inicio o la prolongación del proceso migratorio.

El destino de las remesas encontró, en esta etapa, un campo más fértil. El hambre, la miseria y la guerra habían quedado atrás. México entraba al "desarrollo sostenido". Para los braceros el poder de compra aumentó significativamente y se elevó el nivel de vida en cuanto a comida, vestido y vivienda. Muchos braceros utilizaron sus excedentes para comprar tierras, animales y equipos agrícolas.

En otros casos los dólares sirvieron para apoyar proyectos productivos no agrícolas. Aunque se sabe poco por la carencia de estudios detallados que reflejen el impacto del convenio bracero en los pueblos del occidente, el caso de los reboceros de La Piedad, Michoacán, puede ser ilustrativo. La tradición

del telar en La Piedad viene de lejos, ya que en el siglo pasado sus productos tenían prestigio regional. La manufactura sobrevivió el siglo y aguantó otros cincuenta años, para finalmente decaer y morir. Algunos reboceros utilizaron sus ganancias en el norte para adquirir telares y mejorar sus talleres, pero el proyecto en sí no resultó viable. Los recursos inducidos a través del bracerismo sucumbieron con la misma manufactura.

El medio agrícola fue un campo más realista para invertir. Existe una estrecha vinculación entre el Programa Bracero y las consecuencias del reparto agrario. Muchos que no recibieron tierras tuvieron en la migración su única salida. Primero para sobrevivir y luego para poder comprar tierras (Rionda 1986; Reichert 1981). Otros que las recibieron encontraron en la migración un medio para comprar un arado y luego unos bueyes con que labrar la tierra conquistada. Para los que no quedaron en el padrón, los migradólares les permitieron comprar los derechos. No obstante, el aumento en la demanda de tierras provocó un proceso inflacionario agudo de ese recurso (Mines 1981; Wiest 1983; Alarcón 1984). A la larga el mercado de la tierra, bastante limitado por el mismo reparto agrario y su estatuto legal, se cerró. Hoy por hoy es muy difícil y muy caro comprar tierra laborable.

Para otros, la migración fue la ocasión de volver a migrar. Se generó un doble proceso. Por una parte, la migración internacional creó las condiciones necesarias para autoperpetuarse, o lo que Reichert (1981) ha llamado el "síndrome de la migración" y, por otra, se apoyó un proceso de migración interna. El dinero ganado en el norte permitió a muchos campesinos salir del rancho y pasar a vivir a los pueblos o ciudades vecinas (Durand 1986). No en vano el Programa Bracero coincidió con una etapa de crecimiento económico urbano y demográfico en el país.

Los indocumentados (1964-1980)

El siguiente período corresponde a lo que se ha llamado la migración indocumentada, que abarcaría de 1964 a 1980. El fin del programa coincidió con el inicio de la crisis agraria nacional y las grandes migraciones internas hacia las ciudades. Nuevamente el consumo, primero de medios de subsistencia y después de productos duraderos, cubrió las expectativas fundamentales de los migrantes. Las remesas siguieron a su ritmo habitual y las compras de radios, grabadoras, televisores, licuadoras y batidoras se prefirieron a herramientas, molinos, pulidoras o compresoras.

El mercado de tierra quedó prácticamente clausurado, había ya muy poco por vender y, sobre todo, muy caro. Los no migrantes se quejaban amargamente de este proceso que hizo imposible comprar tierra, a no ser con

muchos dólares (Wiest 1983). Pero, por otra parte, en cierto modo se redistribuyó la propiedad y también su usufructo. Muchos migrantes con tierras no las cultivaban directamente y la cedían o rentaban a familiares o paisanos para que las trabajaran, sin mayor afán especulativo.

La inversión en cultivos como el maíz y frijol no resultaba rentable. Se cultivaba maíz para "los elotes", no para hacer negocio. Por su parte, los cultivos comerciales recibían el apoyo financiero de la banca, lo cual hacía innecesaria la inversión de los migradólares allí. Las obras de riego y la infraestructura también le correspondían al Estado y las instituciones mediadoras, la inversión de carácter industrial estaba vedada. Por el modelo de desarrollo impuesto en el país, la industria era un asunto urbano: allí estaba el mercado, la mano de obra y los servicios predestinados a cumplir ese rol.

Lo que sí recibió un fuerte impulso fue el mercado inmobiliario y la industria de la construcción. Los migrantes empezaron a comprar lotes y casas y también a construir, reparar y acondicionar viviendas. Pero ese curso de la inversión no sólo satisface gustos o necesidades muchas veces consideradas como suntuarias. En el medio rural existe un serio problema de vivienda que la sociología y la antropología han ignorado casi por completo. Se parte del supuesto de que los problemas de vivienda son un fenómeno típico de grandes ciudades y no de las ciudades intermedias, pueblos y rancherías.

Aunque es todavía un tema por trabajarse, algunas investigaciones han empezado a documentarlo. Las invasiones a terrenos urbanos o urbanizables en múltiples pueblos y ciudades medias del occidente (Durand 1986) delatan un problema de trasfondo. Los nuevos matrimonios de estratos medios y bajos tienen serios problemas para encontrar vivienda, las rentas no suelen ser desorbitadas vistas desde fuera, pero son una carga pesada para aquellos que viven de la siembra de maíz o frijol, o de emplearse como jornaleros.

De ahí que muchos migrantes hayan hecho de la inversión en vivienda casi una obsesión. Y volvió a suceder lo que en la tierra agrícola: la demanda elevó notablemente los precios de los terrenos. Hoy por hoy, adquirir un lote o una casa en un pueblo de migrantes equivale a comprar algo semejante en un fraccionamiento medio de Guadalajara.

Lógicamente la construcción ha registrado un fuerte dinamismo. En los pueblos de migrantes los maestros albañiles no dan abasto y las tiendas de materiales para construcción ven incrementar sus ventas notablemente a partir de noviembre, época en que regresan los "norteros".

Una investigación reciente sobre tres pueblos de occidente y un barrio de Guadalajara constata una diferencia de tres a uno entre los gastos por consumo y los que se consideran productivos (cuadro 2). Dentro del renglón productivo la compra de tierra sigue siendo importante, incluso en comuni-

dades urbanas como Santiago y San Marcos. No obstante, se nota que en el conjunto la compra de tierra ya no es tan relevante. El gasto diario y los gastos relacionados con la vivienda son los que se llevan una tercera parte cada uno. La compra de ganado tiene una importancia menor en las comunidades rurales. La adquisición de herramientas casi no figura y la creación de empresas o negocios sólo está presente en pocos casos y no en todos los lugares. Los pagos de deuda sólo son mencionados en las comunidades rurales y el ahorro tiene también más importancia en las comunidades rurales (Massey *et al.* 1987).

CUADRO 2

Destino del dinero ahorrado en el viaje a los EU.
Migrantes de cuatro comunidades del occidente de México, 1982

Destino del gasto (%)	Altamira	Chamitlán	Santiago	San Marcos
Inversiones productivas	17.1	6.6	9.7	11.8
Compra de tierra	12.5	2.2	6.5	11.8
Compra de ganado	4.6	1.1	0.0	0.0
Compra de herramientas	0.0	1.1	0.0	0.0
Negocios	0.0	2.2	3.2	0.0
Consumo	68.1	62.4	64.9	53.0
Sustento familiar	15.9	3.2	0.0	11.8
Const. o rep. de casa	19.3	15.1	0.0	35.3
Compra de casa o lote	10.2	17.2	19.4	5.9
Bienes de consumo	13.6	25.8	35.5	0.0
Recreación	9.1	1.1	10.0	0.0
Compra de vehículo	3.4	0.0	3.2	5.9
Pago de deuda	2.3	1.1	0.0	0.0
Ahorros no gastados	4.6	1.1	0.0	0.0
Otros/desconocido	4.5	28.8	22.2	29.3
Número de migrantes	88	93	31	17

Acorde con estas cifras se puede decir que en esta etapa la migración ha contribuido a mejorar las condiciones de vida, a elevar el nivel de consumo y a apoyar un proceso de urbanización que se manifiesta en el crecimiento de la red carretera y del transporte y en la multiplicación de servicios: luz eléctrica, agua potable, teléfono, etcétera.

Este proceso generalizado de urbanización y modernización ha contado sin duda con el apoyo de la federación y de los estados, pero también cada localidad ha puesto su parte, no sólo en agotadoras gestiones burocrático-políticas, sino en efectivo.

El costo de hacer calles, conectar drenajes, instalar luz, mejorar la plaza, construir escuelas, campos deportivos, dispensarios, etcétera, suele prorratearse entre todos los pobladores, incluidos los que están en el norte temporalmente o viven allí en forma definitiva. Sea por motivaciones o intereses personales o por razones de solidaridad u orgullo pueblerino, la inversión en el "progreso" del pueblo se considera una obligación generalizada.

Quizá los que han sabido utilizar con mayor eficiencia y frecuencia los recursos de los migrantes han sido los curas de los pueblos. Muchos de ellos consideran que una parte de su feligresía está en la "diáspora" y que hay que visitarla cada año. El viaje sirve, además del auxilio espiritual, para recolectar fondos para la parroquia y para las obras sociales y monumentales del pueblo. Una nueva arquitectura eclesial ha surgido en los pueblos del occidente, donde se levantan torres supuestamente florentinas, intentos neogóticos y neoclásicos, además de otras inclasificables; todas ellas producto de los sueños del señor cura y las habilidades y gustos del maestro albañil encargado de poner manos a la obra.

La compra y la construcción de casas no sólo se limita a los pueblos, muchos migrantes invirtieron en terrenos y casas de ciudades vecinas, e incluso en las capitales de los estados. Lo que refleja, nuevamente, un proceso migratorio interno generado por la misma migración internacional.

En síntesis, en este período de migración indocumentada, aceptado por los dos países, uno dizque a regañadientes y el otro de manera vergonzante, ha servido para elevar el nivel de vida y consumo de muchos mexicanos y para imponer un proceso amplio de modernización y de urbanización que ha comprendido también el medio rural. Por otra parte, la tradición centenaria ya se ha hecho parte de la vida occidental y muchos han hecho de ella un recurso, un oficio o un modo de vida permanente. Se han formado "circuitos migratorios" que entrelazan los pueblos del occidente con las ciudades y los lugares de destino en los Estados Unidos, por donde fluyen gentes, mercancías, capitales, servicios, relaciones e influencias culturales, comerciales y de servicios (Durand 1986).

Pero todo tiene su momento, y, entrando a la crisis de los ochenta, la migración parece haber servido una vez más para que los habitantes de la región occidental encuentren una forma de solventar, paliar o enfrentar la nueva situación.

A comienzos de los ochenta casi no convenía ir al norte, los dólares de a veinticinco no rendían como antes. No obstante, los migrantes seguían con su costumbre inveterada de las remesas y de invertir en el país. Como todos sabemos, mientras ellos metían dólares, otros los sacaban.

La devaluación de 1982 y su secuela volvió nuevamente redituable a la migración, pero también hizo rentable la reinversión. Sin fijarse mucho en porcentajes, los migrantes convirtieron las remesas y sus ahorros en inversiones a plazo fijo. Y se repitió la historia: cuando unos sacaban el dinero del banco para invertirlo en la bolsa, los migrantes llenaron un espacio importante en el ahorro de la banca nacionalizada. Se hizo habitual encontrar a campesinos y, sobre todo, a señoras haciendo colas en los bancos para cobrar sus intereses, dinero que en su mayoría se destina a la supervivencia. Pero mientras unos dejaban sus capitales en el banco, otros empezaron a descubrir nuevas formas de inversión.

En la década de los setenta muchos investigadores se lamentaban del destino de las inversiones y de sus consecuencias. Dinerman (1983) en su estudio sobre Huecorio, Michoacán, señala al referirse al trabajo infantil que

Dos niñas bordan regularmente manteles que su padre migrante lleva a vender a los Estados Unidos (ib. 46). [En otra parte informa que] un solo migrante ha invertido en una nueva empresa. Ha abierto un taller con cinco máquinas de coser eléctricas [y acota, a manera de sentencia] en este caso no se abrió ninguna oportunidad laboral para los miembros de la comunidad; la nueva empresa utiliza únicamente el trabajo de los cuatro hijos de la familia (ib. 48). [Y prosigue] varias personas compraron huertas, en otros casos, su dinero se invirtió en crear un nuevo ingreso más confiable, no nuevas formas de ingreso (ib.).

Otra lectura de los mismos datos podría sacar conclusiones completamente diferentes. Si las niñas bordan, seguramente la madre también lo hace y probablemente se trate de una tradición o habilidad local, muy común en el occidente, y por lo tanto, es posible que en otras casas suceda lo mismo. El que la mercancía se lleve a los Estados Unidos delata el escaso contenido "artesanal" del asunto y deja al descubierto las relaciones existentes entre el proceso migratorio y las actividades de pequeña escala. Por su parte, el taller familiar puede haber sido el principio de la cadena y el que no contrate mano de obra fuera del círculo familiar delata simplemente una fase en su proceso de desarrollo. Por último, la inversión de los huerteros señala un nuevo

campo de inversión en el que están incursionando los migrantes: la agricultura comercial.

Wiest (1983: 74), por su parte, se lamenta del consumo "conspicuo" de los migrantes que no se hace en el pueblo, y cuando se hace "las ganancias salen de nuevo sin tener mayor efecto multiplicador a nivel local o regional" (ib. 74). En cuanto a la compra de tierras opina que

No ha permitido a los migrantes dejar de migrar y convertirse en agricultores de tiempo completo. En el mejor de los casos sirve para complementar el ingreso norteamericano; [así,] más migrantes a los Estados Unidos (26%) emprenden la cría comercial de puercos tal como lo hacen los no migrantes (19%), pero mediante el uso de mano de obra familiar no pagada

lo que lo lleva a concluir acerca de la continuidad del "modo de producción campesino" (ib. 74).

Al parecer hay un cierto empeño académico en convertir al migrante en una especie de demiurgo local que, además de transformarse en *farmer*, debe generar empleos para toda la comunidad y no sólo para su familia. Pero más allá de esta interpretación, la ventaja de la etnografía deja entrever otro proceso: el inicio de la cría de puercos a nivel familiar y la participación de los migrantes en este proceso, que como se ha señalado (Arias y Mummert 1987) ha transformado la región.

Estos dos trabajos señalan el germen de una serie de cambios y tendencias en la sociedad rural de la región occidental. Posteriores investigaciones, ya en los ochenta, demostraron su alcance. Al respecto Rionda (1986), que estudió la tendencia de Copándaro, en la Ciénega de Zacapu, Michoacán, señala que la modernización agrícola de esa parte del distrito de riego se debe en gran medida al aporte de los migrantes; éstos dejaron de cultivar maíz y se han introducido de lleno en los cultivos comerciales, en particular la lenteja. En Copándaro el ejido cuenta con una proporción muy alta de maquinaria agrícola y de unidades de transporte que se han financiado, en muchos casos, con el dinero obtenido en los campos de fresa y jitomate del "otro lado".

En cuanto a las inversiones de carácter industrial, un caso extremo, pero por ello mismo ilustrativo, puede ser el del poblado de San Bernardo en Guanajuato. Allí, siguiendo la dinámica desarrollada en San Francisco del Rincón, se han instalado tres fábricas y un taller de zapatos y existe la coincidencia de que en todos los casos se trata de migrantes que invirtieron en la industria el dinero ganado en el "otro lado". Estas fábricas ofrecen trabajo asalariado. Pero sucede que muchos de San Bernardo no quieren

trabajar allí, más bien lo aceptan personas que vienen de las rancharías vecinas. Y tienen razón, los salarios son muy bajos y el grado de explotación es muy alto, pero ésta es la realidad y el migrante que invierte no es ningún benefactor, lo hace con las reglas básicas del capital; más aún, con la modalidad de esta nueva dinámica industrial que, sin trabas ni reclamos, ha podido minimizar los costos en todas las instancias, sobre todo en mano de obra.

Por otra parte, la gran flexibilidad del sistema productivo en los talleres hace posible una estrecha vinculación con la estacionalidad y las características del trabajo migratorio. El taller al que se hizo mención, funciona de acuerdo con el flujo de dólares que manda una parte de la familia que trabaja en el "norte". Las remesas sirven para comprar material y poner en marcha el taller, luego se clausura temporalmente, se comercializa y se espera una nueva remesa de capital para reiniciar el proceso. La empresa familiar está en formación, pero tanto los que trabajan aquí como los que laboran allá, se reunirán algún día cuando la empresa esté consolidada y les dé suficientes ganancias como para abandonar la fuente inicial de capitalización.

Otra combinación, porque el proceso de formación de pequeñas industrias no suele ser mecánico ni lineal, ni inmediato, es la que aplicó un migrante vecino de Penjamillo, en Michoacán, quien tenía vínculos con la industria pantalonera de Irapuato. A partir de estas relaciones logró contratos para maquilar pantalón y a su vez actuó como subcontratista, promoviendo la formación de talleres en Manuel Doblado, Cuerámaro y Abasolo. Entre tanto, varios de sus hijos estaban trabajando en Estados Unidos, ahorrando para volver. Cuando regresaron, cada hijo formó un taller en Penjamillo y recibe los contratos por vía paterna. En este caso, la experiencia familiar y el capital obtenido por medio del trabajo migratorio ha permitido el desarrollo exitoso de cinco pequeñas empresas en Penjamillo y otras cuatro en las tres localidades guañajuatenses que antes trabajaban para el migrante.

En otro caso, un migrante establecido en Estados Unidos, empezó a buscar el modo de volver. En el proceso estableció relación con un taller en San Julián, Jalisco, y a partir de allí se decidió a montar un taller en su terruño. El capital lo trajo del "otro lado" y sirvió para comprar un buen número de máquinas, y el proceso técnico quedó a cargo de su hermana, experimentada costurera y modelista. Con el tiempo, los hijos regresaron, medio desadaptados después de años de vivir en los Estados Unidos, pero encontraron en el taller familiar un trabajo y una forma de reintegrarse al país y a la región. Nuevamente los migradólares, las relaciones comerciales y la experiencia familiar dan como resultado la viabilidad de una empresa.

Con la porcicultura sucede otro tanto, aunque el proceso puede ser más sencillo: una remesa de dólares sirve para comprar un vientre y la pastura,

luego las ganancias de la camada se encargan de sostener el proceso. Pero también hay granjas con un volumen mucho mayor de animales en las que el dinero de la migración sirvió para edificar las zahúrdas y mejorar el pie de cría.

Por último, es necesario hacer mención de los procesos de comercialización de muchas de las manufacturas rurales. Una buena parte de ellos, arreglos nupciales parafinados y de migajón, tienen como destino "el norte"; también hacia allá se mandan manteles, servilletas, sevillanas, vestidos, pantalones, zapatos, dulces, etcétera. En este proceso los migrantes juegan distintos papeles: son productores, comercializadores, habilitadores, etcétera. También participan indirectamente: con una remesa de cien dólares, la hermana o la esposa pueden iniciar una carrera sostenida de ventas en abono. El capital inicial sirve para poner en marcha el proceso, las redes de relaciones entre el campo, la ciudad y los Estados Unidos aportan la trama del circuito comercial que luego se expandirá con relaciones de vecindad y *clientelaje*.

En síntesis, la agricultura comercial y las actividades pecuarias y manufactureras que se están desarrollando en el occidente no han estado alienadas del proceso migratorio, más bien tienden a complementarse y a influirse mutuamente.

Conclusiones

En una economía quebrada como suele ser la campesina, o para decirlo de otro modo, en una economía que funciona en la lógica de la subsistencia que incluye la redistribución y que no se guía por los principios de la acumulación, no es de extrañar que una buena parte del monto general de las remesas se haya ido al pozo sin fondo del consumo.

Sin embargo, no todos los habitantes del medio rural, ni todos los migrantes, viven o han vivido con esa lógica. En cien años, ha cambiado México y sobre todo el medio rural, lo que se hizo o se pudo hacer con los migradólares en una época, puede variar sustancialmente en la otra.

Las remesas han causado un impacto diferenciado en el tiempo y en el espacio. A lo largo de la centuria se notan variaciones en el destino del excedente que deja la subsistencia y los niveles mínimos de consumo. Las inversiones en tierra, vivienda y actividades productivas han encontrado su tiempo y su lugar para manifestarse y se han topado también con límites. El impacto espacial ha sido inversamente proporcional a su magnitud. La familia nuclear primero, luego la extensa y finalmente las localidades de migrantes han recibido el mayor impacto. El nivel regional se ha visto influido por

el proceso, aunque no determinado. La nación asimila el fenómeno migratorio como un factor parcial y limitado, aunque no por ello deja de ser muy significativo el aporte de divisas.

La migración internacional no ha sido ni será la panacea. Pero un sinnúmero de situaciones concretas, de procesos de cambios locales y regionales han encontrado apoyo y solución en los migradólares. Mucho de esto es difícil de percibir y sobre todo de cuantificar, más aún cuando se pretende evaluar el proceso históricamente.

La relación entre migración y reforma agraria está todavía por estudiarse, pero se puede adelantar que los migradólares han intervenido precisamente donde llegaron los límites del reparto. En el occidente, los principales compradores de tierra han sido los "norteños", que no son precisamente neolatifundistas, sino empecinados minifundistas. Si incluso los migrantes que viven en ciudades grandes y medias tienen interés en comprar tierras agrícolas en sus lugares de origen, no se diga los que están radicando en otro lugar.

El hecho de que la tierra produzca no depende tanto del sujeto como de las condiciones generales de la agricultura en el país y en la región. No se puede decir a un acuarero que incremente su productividad; tampoco se deberá exigir al migrante que se convierta en agricultor de tiempo completo porque se le ocurrió comprar unas hectáreas. Quizá sea más justo decir que los norteños compradores de tierra tienen vocación productiva. La tierra, además de dar prestigio, seguridad y producir "elotes", tiene un potencial productivo que no siempre ha sido o ha podido ser desarrollado. Los bosques michoacanos no servían sino para leña, hasta que se levantó la veda: miles de hectáreas que antes no se usaban se disputan hoy como agostaderos; donde se siembra maíz o trigo de temporal hoy se puede sembrar papa, ajo o aguacate para exportación, lo que implica un cambio considerable.

Sucede otro tanto con ciertas actividades del campo. Hace unos años, en los Altos de Jalisco ya no era costeable tener vacas lecheras; los precios de garantía y el mercado no resultaban atractivos. Pero en la actualidad la producción regional de queso y cajeta abrió nuevas perspectivas. Hoy por hoy un migrante alteño puede invertir en ganado lechero, y es más, el agostadero que compró su padre, también migrante hace 50 años, puede ser útil y explotable. Con los puercos ha sucedido otro tanto.

Pero no se trata de un proceso mecánico o lineal. No siempre ni para siempre se puede hacer lo mismo. Y es que muchas veces no hay alternativas de inversión. Hay migrantes que regresan después de 15 ó 20 años de trabajo en el norte, con una pensión y cincuenta mil dólares en la bolsa. ¿En dónde

y para qué invertirlos? Con un ahorro tal, la vida del migrante está asegurada, no así si invierte en algo incierto, dudoso o que simplemente desconoce.

En este contexto, no sorprende que millones de migradólares hayan invertido en bienes raíces. Casas y lotes pueden ser una inversión conservadora, pero segura. Ha sido y será una forma de ahorro e inversión bastante socorrida no sólo por migrantes; pero hasta una inversión conservadora puede contribuir, en el caso de los migradólares, a la expansión del mercado interno, a la creación de fuentes de empleo y a un proceso general de urbanización y modernización.

La inversión en otro tipo de actividades (comerciales, productivas y de servicios) tiene su lugar y su momento. Fundar otra tienda más en un pueblo chico puede conducir al fracaso; no así en la ciudad donde cada cuadra resiste una miscelánea. Un taller mecánico o un salón de belleza necesitan clientes potenciales como requisito indispensable para pensar en una inversión de ese tipo. El migrante, como cualquier otro, invierte donde vale la pena y si no hay dónde, lo guarda o lo gasta. Y así ha pasado.

No obstante, hoy en día la proliferación de actividades productivas en el medio rural ha abierto un nuevo campo "netamente productivo", para consuelo de la academia. Hay indicios para pronosticar una participación creciente de migradólares en este campo, cuyos efectos incidirán directamente en el mercado de trabajo local y regional. Quizá resulte paradójico que la tan cacareada solución de crear fuentes de empleo en el medio rural para evitar la migración, se convierta en el destino fundamental de los migradólares.

BIBLIOGRAFIA

- ALARCÓN, Rafael (1984) "Migración por grupos a los Estados Unidos: el caso de Chavinda, Michoacán". Tesis de licenciatura en antropología social. México: UAM- Iztapalapa.
- ARIAS, Patricia y Gail MUMMERT (1987) "Familia, mercados de trabajo y migración en el centro-occidente de México", *Nueva Antropología*, vol. IX, núm. 32, pp. 105-128.
- CORNELIUS, Waine (1978) "La migración ilegal mexicana a los Estados Unidos: conclusiones de investigaciones recientes, implicaciones políticas y prioridades de investigación", *Foro Internacional*, núm. 71. México: El Colegio de México, pp. 399-429.
- DÍEZ-CANEDO, Juan (1984) *La migración indocumentada de México a los Estados Unidos*. México: FCE.
- DINERMAN, Ina (1983) "El impacto agrario de la migración en Huecorio",

- Relaciones*, vol. iv, núm. 15. Zamora: El Colegio de Michoacán, pp. 29-52.
- DURAND, Jorge (1986) "Circuitos migratorios en el occidente de México", *Revue Européenne des Migrations Internationales*, vol. 2, núm. 2. Francia.
- (1988) "Tierras de volcanes. Movimientos sociales en Michoacán 1976-1986", en Sergio Zendejas (coord.) *Estudios Michoacanos III*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- GAMIO, Manuel (1930) *Número, procedencia y distribución de los emigrantes mexicanos en los Estados Unidos*. México: Talleres Gráficos Editorial y "Diario Oficial".
- GARCÍA Y GRIEGO, M. y Francisco GINER DE LOS RÍOS (1985) "¿Es vulnerable la economía mexicana a la aplicación de políticas migratorias estadounidenses?" en García y Griego y Gustavo Vega (comps.) *México-Estados Unidos*. México: El Colegio de México.
- HANCOCK, Richard (1959) "The role of the bracero in the economic and cultural dynamics in Mexico. A case study of Chihuahua", *Hispanic American Society*. California.
- LOYO, Gilberto (1969) "Prólogo", en Manuel Gamio. *El inmigrante mexicano: la historia de su vida*. México: UNAM.
- MASEEY et al. (1987) *Return to Aztlan*. Berkeley: University of California Press.
- MORALES, Patricia (1982) *Indocumentados mexicanos*. México: Grijalbo.
- MINES, Richard (1981) *Developing a community tradition of migration: a field study in rural Zacatecas, Mexico and California settlement areas*. San Diego: Monographs in U.S.-Mexican Studies, 3.
- REICHERT, Joshua (1981) "The Migrant Syndrome: Seasonal U.S. Wage Labor Rural Development in Central Mexico", *Human Organization*, núm. 40, Estados Unidos, pp. 56-66.
- RIONDA, Luis Miguel (1986) "Continuidad y escisión social en Copándaro", en Carlos Herrejón (coord.) *Estudios Michoacanos II*. Zamora: El Colegio de Michoacán, pp. 245-256.
- WIEST, Raimond (1983) "La dependencia externa y la perpetuación de la migración temporal a los Estados Unidos", *Relaciones*, vol. iv, núm. 15. Zamora: El Colegio de Michoacán, pp. 53-87.
- TAYLOR, Paul (1933) *A Spanish Mexican Peasant Community: Arandas in Jalisco, Mexico*. Berkeley: University of California Press.